

## Reseña del libro: José María Balcells (2022), *Tragedia en juego. Toros y tauromaquia en Miguel de Unamuno*

José Miguel GONZÁLEZ SORIANO

**Autoría:**

José Miguel González Soriano  
Universidad Complutense de Madrid, España  
josemig@ucm.es  
<https://orcid.org/0000-0003-1666-5018>

**Citación:**

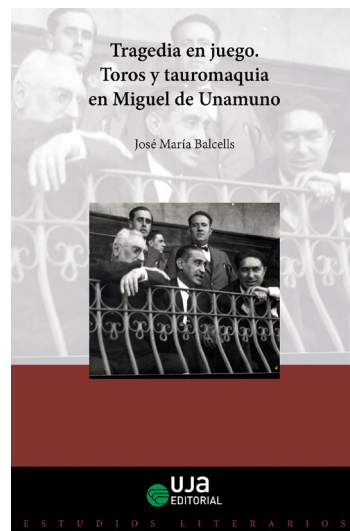
GONZÁLEZ SORIANO, José Miguel (2024). «Reseña del libro: José María Balcells (2022), *Tragedia en juego. Toros y tauromaquia en Miguel de Unamuno*», *Anales de Literatura Española*, (40), pp. 253-257. <https://doi.org/10.14198/ALEUA.26396>

**Ficha bibliográfica:**

José María Balcells, *Tragedia en juego. Toros y tauromaquia en Miguel de Unamuno*, Jaén, Editorial Universidad de Jaén, 2022, 496 págs. (Estudios literarios. El niño de la noche; 10). ISBN: 978-84-9159-475-8.

© 2024 José Miguel González Soriano

Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.



Casi tan antiguas como las tradiciones referentes a los toros son sus manifestaciones dentro de la literatura. Parte indisoluble de nuestra historia y de nuestra memoria cultural, la tauromaquia ha sido un ámbito que ha atraído desde siempre a los más diversos escritores, quienes han reflexionado acerca de su significación y su estética. Así, Unamuno, figura intelectual de referencia, sin ser aficionado dedicó igualmente parte de sus reflexiones al espectáculo taurino, presente en varios de sus artículos, en diversos poemas y cartas y en pasajes aislados de su obra. Un corpus textual en el cual se basa la investigación llevada a cabo por José María Balcells, *Tragedia en juego. Toros y tauromaquia en Miguel de Unamuno*, un documentado ensayo de casi quinientas páginas editado por la Universidad de Jaén y que forma parte de una colección, «El niño de la noche», donde también apareció publicado, en 2017, un estudio similar del mismo autor sobre Miguel Hernández, *Nacido(s) para el luto. Miguel Hernández y los toros*, poeta del que es especialista y en cuyo homenaje es el título de la colección.

Hasta veintidós colaboraciones periodísticas de índole taurina a cargo de Unamuno registra Balcells en su estudio, que abarcan un espacio temporal de cuarenta y cinco años desde la aparición de la primera, el 17 de octubre de 1891, dentro del periódico salmantino *La Libertad* («La autoridad corrida en los toros») hasta la última, publicada en el diario *Ahora* de Manuel Chaves Nogales el 28 de junio de 1936 («Huichilobos y el bisonte de Altamira»). Una docena aproximada de estos artículos fueron recogidos en el centenario del nacimiento del autor, junto a algunas cartas en las que abordaba el tema de la tauromaquia, en un volumen editado por la Unión de Bibliófilos Taurinos titulado *Escritos de toros* (1964), con prólogo de Manuel García Blanco; Balcells añade ahora ocho artículos más cuyos textos se reproducen en el apartado final del libro junto con el resto de escritos unamunianos sobre la cuestión. No fue el espectáculo taurino, por lo tanto, ajeno a la labor pensadora y ensayística de Unamuno. Al comenzar el siglo XX, la tauromaquia, el gran espectáculo popular de entonces junto con el teatro, pasaba por momentos de incertidumbre dado que, bajo la impresión de la humillación nacional sufrida tras la pérdida de las últimas colonias de ultramar, muchas voces surgieron contra ella como parte del ideario regeneracionista de numerosos intelectuales y de un grupo de jóvenes autores procedentes de la periferia, como Unamuno, que salieron a la luz pública dispuestos a criticar y a revisar todos los valores tradicionales vigentes hasta entonces, cuyos tópicos resaltaron con tintas negras además de reclamar una labor de reconstrucción interior y de abandono de todo sueño imperialista.

En el referido último artículo de Miguel de Unamuno sobre tema taurino, dedicado «a mi buen amigo José María de Cossío, erudito investigador de tauromaquia», el escritor vasco declaraba rotundamente: «Nunca logró interesarme la fiesta llamada nacional, la de las corridas de toros». Pero señalaba otra vertiente que sí le interesaba como antecedente de otras investigaciones posteriores: «Aunque sí me interesó, pero no como espectáculo de arte, sino como persistencia de un terrible culto de una religión pagana y casi prehistórica» (p. 443). Así, paradójicamente –como era habitual en él–, pese a su sostenida actitud de repulsión sentimental y desaprobación intelectual hacia la Fiesta, en alguna ocasión llega a efectuar afirmaciones tan decididamente positivas como esta: «La tauromaquia es, de todas las bellas artes, la más ortodoxa, pues es la que mejor prepara al alma para la debida contemplación de las grandes verdades eternas de ultratumba. Es, al fin, un espectáculo de muerte» (p. 393).

En los apartados iniciales del ensayo, Balcells lleva a cabo un análisis conjunto de los escritos unamunianos relacionados con los toros, comenzando por glosar su campaña antitaurina «tan intensa como de escaso recorrido»

(p. 17) en el diario *La Noche*, secundando la iniciada por Eugenio Noel, un escritor y polemista llamado a ser muy popular por este motivo; epígono del «98», Noel se constituiría en el abanderado del antitaurinismo a través de sus múltiples conferencias y escritos en revistas fundadas por él como *El Flamenco* o *El Chispero* (1914), donde dio a conocer las misivas enviadas por Unamuno en su apoyo. Este, no obstante, se fue distanciando progresivamente a causa, según apunta Balcells, del personalismo y «comportamiento excéntrico» de Noel junto a la sospecha de que, bajo la «seña enconada de sus ataques a la tauromaquia y el flamenquismo», se podía advertir cómo «...ese mundo fue, y seguía siéndolo en el fondo, muy de su complacencia» (pp. 22-23), como habrían de señalar en su día Azorín y otros autores. Ya en su artículo «Sobre la muerte de Joselito», publicado en *El Mercantil Valenciano* el 21 de mayo de 1920, Unamuno desistía de aquel antitaurinismo militante al considerar del todo baldío, en el contexto del momento, el propósito de acabar con las corridas de toros, pese a que en otros escritos suyos afirmase que, de intentarlo, «sería una cosa mucho más fácil de lo que se cree comúnmente» (p. 365).

Desde entonces, en opinión de Balcells, y coincidiendo con sus años en el exilio, Unamuno fue atemperando su radicalismo en contra del espectáculo taurino, aunque es dudoso que, en lo esencial, modificase algunas de sus ideas fundamentales en torno al mismo, como su creencia de que la crianza del toro bravo resulta nociva para el agro en base a diversas consideraciones socioeconómicas, o la de que las corridas debían dissociarse de la autoridad gubernativa, responsable –aún hoy– de la reglamentación y desenvolvimiento del espectáculo taurino. Tal vez, en ese aparente cambio de tono unamuniano, pudo influir asimismo la consideración entusiasta y el interés por la Fiesta de muchos escritores e intelectuales de generaciones más jóvenes, como el francés Maurice Legendre, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, José María de Cossío, José Bergamín y –como es bien sabido– buena parte del grupo poético del «27». Al fin, un hecho tan arraigado como el de la tauromaquia en nuestro país le conducirá, ya en tiempos de la II República, a publicar sendos textos que constituyen en esencia una reflexión sobre el posible sentido profundo del toreo: «Pan y toros» (*El Sol*, 17 de junio de 1932), y el ya mencionado «Huichilobos y el bisonte de Altamira». Aficionado además al toro en el campo, Unamuno se relacionó con ganaderos de la zona salmantina y ya en 1910 había enviado una carta a Felipe Cortines y Murube en elogio de su libro *El poema de los toros*: «Me gustan los toros en el campo, y mucho. Algunos de mis mejores ratos los he pasado en una ganadería de este campo, dibujando toros. Porque sí» (p. 447).

Aún antes, en un artículo publicado en *La Época* el 25 de marzo de 1896, «Entremés yankee», Unamuno daba réplica a un «libelo» antitaurino publicado

por la estadounidense Mary F. Lowell, «La bárbara y cruel España», escrito y publicado con la guerra de Cuba como escenario de fondo. En palabras de Balcells, en el artículo unamuniano «no se rompe una lanza en pro del toreo, pero se le defiende de la insustancialidad de algunas de las más socorridas tachas que ella le achacó» (p. 36). De hecho, muchas de las principales objeciones de Unamuno hacia la Fiesta van enfocadas más hacia determinados elementos que la rodean que a la tauromaquia en sí, como la desmesurada pasión que concita entre las masas, el tiempo malgastado en tertulias y discusiones sobre toros, el excesivo número de páginas que la prensa dedicaba al respecto... Evita suscribir al pie de la letra el tópico de la «barbarie» del espectáculo al entender que en las corridas de toros —y en la sociedad en general— se encuentran «barbaries más bárbaras» que el hecho mismo sangriento, como —por ejemplo— determinados comportamientos del público. Otros aspectos, como la analogía unamuniana del sacrificio ritual del toro bravo con el martirio del Cristo en la cruz, dentro de una cultura popular de raíz trágica, son abordados por Balcells cuya hipótesis fundamental es que, pese al posicionamiento de Unamuno en contra de las corridas de toros, expresado en varias ocasiones y de forma inequívoca, el escritor vasco «tampoco mantuvo inalterado su menosprecio al toreo durante toda la vida», por lo cual «se advierte en sus escritos un interés en explicar y en comprender la tauromaquia y las complejidades esgrimidas en su posible porqué» (p. 28).

En otros apartados del ensayo, José María Balcells espiga la presencia del toro bravo en el *Cancionero* poético unamuniano, con el famoso «Cavernario bisonteo» de la cueva de Altamira («Cavernario bisonteo, / tenebroso rito mágico, / introito del culto trágico / que culmina en el toreo», p. 475) como inspiración principal, así como en más poemarios suyos, entre los que destaca la composición «Toro» incluida en la Parte I de *El Cristo de Velázquez* («Tú, blanco toro de lunada frente / toro entero y sin mancha, que tan solo / te doblegaste de la cruz al yugo, / regando con tu sangre nuestra tierra, / que es el ara del templo de tu Padre», p. 463), y se esboza igualmente un breve muestrario del lenguaje taurino presente en diferentes textos de Unamuno, cuyo análisis podría dar lugar a una investigación aparte. Ya en apartados como «Carteos caleidoscópicos», «Amistades taurinas» y «Toreros y ruedos» se desgranán las relaciones literarias y personales más significativas de Miguel de Unamuno con el mundo del toro: desde toreros, como Luis Mazzantini o Sánchez Mejías, a criadores de bravo, varilargueros, críticos taurinos, escritores y artistas plásticos aficionados a la Festa, como Manuel Machado o Ignacio Zuloaga, o José María de Cossío, alumno suyo en la Universidad de Salamanca. De todos ellos, y de tres festejos taurinos separados en el tiempo de los que hay

constancia documental de la asistencia de Unamuno a los mismos, incorpora Balcells una amplia semblanza, reseñando los acontecimientos que propiciaron esos acercamientos unamunianos al ámbito taurino y amplificándolos con citas, anécdotas y digresiones a veces históricas, a veces meramente especulativas y de recreación literaria por parte del ensayista, conocedor y apasionado sin duda de la Fiesta. Todo un universo sociocultural alrededor de la tauromaquia y de la figura de Miguel de Unamuno el que se despliega en estas páginas, conformando una obra que, si por su extensión y erudición podría considerarse próxima incluso a un verdadero tratado, su estructura libre y abierta, en donde la línea de pensamiento fluye a menudo con libertad sin ajustarse a ningún esquema convencional, evidencian su condición de ensayo literario, subjetivo y sugerente; de ahí también la gran riqueza y variedad de elementos que contiene. Los relatos paralelos que se desprenden de una materia que, en el conjunto de la vida y la obra unamuniana, podría no pasar de lo puntual o anecdótico, configuran una nueva perspectiva a la hora de narrar una parte de nuestra Edad de Plata de la cultura, donde siempre todos los hechos, de diferente significado objetivo, pero igual de importantes subjetivamente, forman un todo indivisible.

